

EL COFRE DE PIEDRA Por: Domingo E. Díaz D.

Este es un relato que inicia en las costas del Perú, de donde se extraen grandes cantidades de tesoros, codiciados por los piratas. Allí, se erigió vigilante entre el Callao y Chucuito, en su puerto natural, el famoso Castillo del Real Felipe, un fuerte de piedra amurallado en forma de pentágono, diseñado para proteger las preciadas cargas de tesoros, de los frecuentes ataques de los piratas y corsarios.



Era un sitio codiciado por quienes aterrorizaban con sus ataques a las embarcaciones; uno de ellos fue, Jacques Termin (o Jacques L'Hermite) quien llegó en 1623 frente al Callao, acompañado con una flota de 11 urcas de guerra (navíos), para atacar y saquear el fortificado puerto del Real Felipe. El lugar fue sitiado durante cien días de incruentas luchas, hasta que el corsario, L'Hermite, fue repelido por los navíos de la Armada Real y los bombardeos que se daban desde el Castillo.



Tras haber fracasado en su intento de tomar el puerto, L'Hermite se retiró, los navíos que le acompañaron en su incursión quedaron dispersos. Su fracaso fue inminente y algunas de las embarcaciones que acompañaban al corsario se replegaron y perdieron por otras rutas.



Se piensa que una de estas urcas de guerra (navíos), en su huida, pone rumbo hacia aguas del istmo, buscando alguna embarcación con preciados tesoros como los que pretendían tomar en el puerto del Perú.

Lo cierto es que sin saberlo, y a pocas leguas del sitio donde navegaban, se encontraba una embarcación cargada con valiosos tesoros de oro, plata y prendas preciosas, que salieron fugados con algunos daños cuando fue sitiado el puerto. Desde el mástil de la embarcación de los corsarios, el vigía visualiza con sus catalejos una nave con bandera española, anuncia el rumbo y el timonel sin titubear sonríe y se dirige hacia ella. También se observa que el mar está encrespado, y se presagia un mal tiempo.

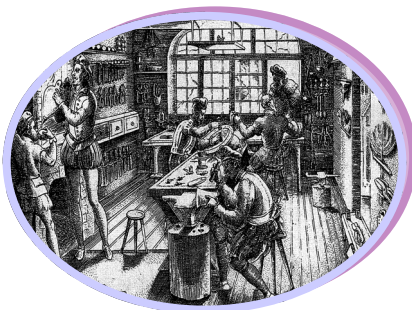
La nave con los tesoros, advierte la presencia de la embarcación que les persigue, serpentea sobre las olas en su vaivén, pero se hacen presa del mal tiempo perdiendo el rumbo. Dos temores les invaden, las intenciones de quienes les persiguen y el temporal que les acosa.

Todos comprendían que quienes les seguían, fuesen corsarios o piratas, no dejarían de perseguirles hasta conseguir lo que deseaban, alcanzar la nave en alta mar, saquearles y tomar de ellos las valiosas joyas que portaran.

A saber, la embarcación cargada de tesoros era, a según, custodiada por monjas provenientes de los monasterios más poblados y de mayor flujo desde su fundación, la Concepción y Santísima Trinidad, pertenecientes a las canonisas regulares de San Agustín, cuyo misticismo les atribuía un poder sobrenatural por el amor y la fe puesta en Dios. Con su ideal de vivir unidas “en un solo corazón y una sola alma”.



Este cofre, colmado con impresionantes tesoros de la fe cristiana, y adornados con piedras preciosas, fue un encargo especial para los feligreses de la capital de Castilla de Oro. Fueron elaboradas por las hábiles manos de orfebres indígenas con



conocimientos de la metalurgia, que se combinaron con las enseñanzas de los joyeros españoles. Eran tales los destalles expuestos y la espiritualidad inmersa en su elaboración, en íntima comunión con Dios, que los propios artesanos, al tocarlos, una vez culminados, sentían que se abrían las puertas hacia lo trascendental.

Por algo, este cofre estaba a cargo de una custodia especial, un grupo de monjas cuyas singulares características se notaban, más allá de lo normal.

Y así fue como, luego de innumerables peripecias en alta mar, el temporal amaina su furia, dando paso a una maliciosa tranquilidad...

Los piratas, a lo lejos divisan la embarcación que persiguen.

El vigía, lo anuncia al capitán: allá va la nave, buscan donde desembarcar.



El capitán: timonel que no se nos pierda, parecen tener problemas con una de sus velas.

En la embarcación de las custodias del tesoro, en verdad se dejaba entrever la preocupación por uno de los mástiles que sostienen las velas; hermanas, dice una de ellas, hagamos oración y elevemos nuestro espíritu, que sea lo que Dios y Señor nuestro mande.



Los piratas, excelentes navegantes, se aproximan cada vez más a la nave, disparan sus cañones una y otra vez, pero no logran darle, pareciera que las balas de alto calibre disparadas, rebotaran como si pegaran en una capa protectora, cayendo en el mar.

Las custodias del tesoro, al ver las condiciones de su nave y la forma como se acercan los piratas, deciden recalar en un punto de la costa que se los permita. Pero lo escarpado de la misma les hace imposible tal maniobra.

A pesar de todo, un paisaje esplendoroso se les presenta ante sus ojos, el sol brilla y deja ver el verdor de las altas montañas que semejan catedrales erigidas a Dios en plena naturaleza, se aprecian multicolores aves que cantan singulares melodías, como coros que entrelazan sus tonos dando como resultado angelicales armonías; cascadas de agua blanca anuncian a lo lejos la pureza del momento. Sus espíritus en la plenitud de la oración, se perciben en un estado extraordinario de perfección religiosa, en su unión inefable de sus almas con Dios, comprenden, en ese estado de éxtasis las revelaciones que encausan sus acciones y se determina vivir por siempre



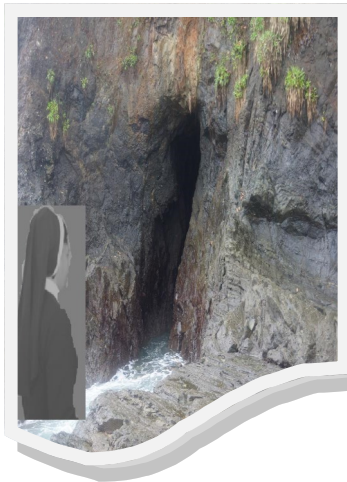
custodiando ese paraje hermoso y natural dejado por Dios para las futuras generaciones.



Los Indígenas del lugar, custodios de la naturaleza y garantes de preservar la biodiversidad de ese paraje hermoso, fueron testigos de tal acontecimiento. Desde lo alto, divisaron desconocidas embarcaciones que flotaban en el mar y vieron cómo una tras de la otra, lanzaba bocanadas de fuego. Y allí, los dueños de estas tierras, dejaron impresa en piedras legendarias, parte de la historia de este acontecimiento. En los petroglifos de ese lugar se pueden aún apreciar.

El mensaje de Dios ha sido develado, al no existir forma segura para bajar y resguardar los atesorados objetos religiosos, fundirán sus cuerpos y almas en la escarpada piedra y tallarán en ella ventanales que recorrerán la costa, cual catedral inmersa en la montaña, de esa forma podrán custodiar el cofre que guarda los tallados tesoros.

El momento ha llegado, un oleaje inmenso presagia lo que ocurrirá, los piratas se acercan cada vez más, a tal punto que al preciso momento que pretenden abordarlos, son golpeados por el oleaje; se percatan que la embarcación ha desaparecido con toda y tripulación, al mirar hacia la costa observan formaciones nuevas que momentos antes no existían, se aprecian las playas y las desembocaduras de los ríos, y... en distintas partes de la costa se admiraban de ver cómo las monjas se introducían en las piedras formando cavernas.



Los piratas para mirar bien, limpiaron sus ojos, ¿sería una estrategia para confundirles y no permitirles tomar el cofre con el tesoro? ¿Existirían ya las cavernas?

El capitán sin más, toma los botes y ordena perseguir a las monjas y llegar hasta los sitios en donde se divisaron tales artilugios; una por una son revisadas las recién excavadas cavernas, siendo presas de la furia del mar que en su oleaje les golpeaba impidiendo su salida de ellas, una vez entraban. El capitán pirata, furioso al ver tal situación, divisa a lo lejos a dos hermanas que portaban el cofre con los preciados tesoros, les persigue por el empedrado sesgo y nota como ambas penetran en la piedra con el cofre, el pirata queda admirado de tal evento sobrenatural y no se confía; al resto de sus hombres les dice que ha de ser alguna jugada para confundirles; a lo que éstos responden que no, que ya han desaparecido muchos y no se sabe dónde están.

El capitán enfurecido intenta penetrar en la caverna, pero el oleaje no se lo permite, saben que deben custodiar el cofre. Varios intentos hace el marino hasta que logra con torpe nado luchando contra las olas, entrar en la caverna, y allí esta una de las monjas con el cofre del tesoro.

El capitán le grita al momento en que ríe a carcajadas: pensabas que escaparías con el cofre del tesoro... jajajaja, nada puede con el ímpetu de un capitán que busca sus riquezas y menos ustedes monjas escuálidas. No se cómo le hacían para escapar entre las rocas, pero les encontraremos a todas. Jajajaja



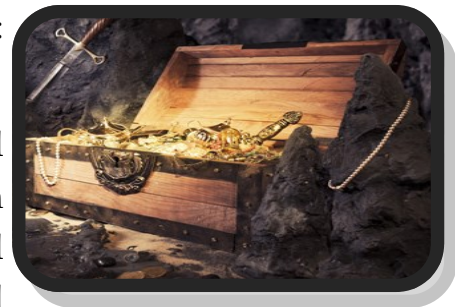
La Monja, custodia del cofre, al ver al capitán agitado y violento, le dice que: los tesoros que buscas y necesitas no están en el cofre, que son parte del ambiente que le circunda, están en cada uno de los variados y frondosos árboles del bosque, en cada uno de los animales que lo pueblan, en el agua que purifica, y él forma parte de ella. Que los mayores tesoros se encuentran en el interior de cada persona y se aprecian por la forma como viven y miran la vida.



El capitán le interrumpe y le dice: que se deje de necedades, que los mayores tesoros son el oro, la plata y las joyas que brillan ante la luz del sol.

Bien, dice la monja custodia, ¿prefieres los tesoros de este cofre a la vida que te da el amor a Dios, al prójimo y a la naturaleza?

A lo que el Capitán contesta:
Prefiero al cofre y la riqueza que posee.



Entonces, tómalo, es tuyo. Y al momento en que el capitán se abalanza sobre el cofre del tesoro, la custodia se funde en la escarpada piedra abriendo otra puerta al mar por donde entran las olas haciendo desaparecer al capitán y convirtiendo al cofre del tesoro, en un cofre de piedra...

Aún existe en una de las cuevas de las playas entre el sitio llamado Ventana, donde se inicia el recorrido de las monjas, hasta donde terminan las cuevas elaboradas por la fundición de sus cuerpos y almas, en la piedra escarpada, por el sitio llamado Morro Puerco, el cofre del Tesoro está, esperando tú llegada.

Los marinos, piratas que lograron escapar, cuentan que ésta es una región bendecida por Dios y la llamaron la Catedral de la Montaña, por los hechos ocurridos allí, y ellos mismos cambiaron sus vidas para ser hombres de paz, llevando este mensaje al resto del mundo, donde quiera que llegaran.

Las Monjas Religiosas, se convirtieron en custodias de la riqueza natural de la Catedral de La Montaña, Parque Nacional Cerro Hoya. En ella edificaron grandes ventanales, entre una y otra playa, abriendo afluentes en la desembocadura de los ríos, con agua pura, para limpiar las almas.



Sobre el autor.

Domingo Eloy Díaz Domínguez

Oriundo de la Ciudad de Las Tablas, Provincia de Los Santos. República de Panamá

Estudios:

Primarios, Escuela Modelo Presidente Porras.

Secundarios, Colegio Manuel María Tejada Roca.

Universitarios, Centro Regional Universitario Los Santos.